

ESPECTACULOS

TEATRO VARIETADES
CINE JAZZ
MUSICA BALLET

Una sensibilidad romántica

EL CUARTO INDISCRETO (The L-Shaped Room). Gran Bretaña, 1962. Producción Romulus, distribuida por Columbia. Productores, James Woolf y Richard Attenborough. Dirección y libreto cinematográfico de Bryan Forbes, sobre una novela de Lynne Reid Banks. Fotografía, Douglas Slocombe. Montaje, Anthony Harvey. Música del primer concierto para piano de Brahms y temas de jazz por John Barry. Con Leslie Caron, Tom Bell, Brock Peters, Cicely Courtneidge, Bernard Lee, Avis Bunnage, Patricia Phoenix, Emyln Williams, Verity Edmett, Harry Locke, Gerry Duggan, Mark Eden, Jennifer White, Nanette Newman. Estrenada en el Central, lunes 9.

Esta podría haber sido la historia de la costurera que dio aquel mal paso si en vez de quedarse en el conventillo de Evaristo Carriego se hubiera ido a vivir a Londres. Porque hay mucha letra de tango detrás de la situación de la muchacha francesa (Leslie Caron) que se encuentra en un sórdido inquilinato de Londres, muy sola y muy triste, pero muy firmemente decidida a tener ese chico que nadie quiere. Todos la aconsejan que se deshaga del niño antes de que sea tarde: un médico (Emlyn Williams) le ofrece sus carísimos servicios; una vecina vieja (Cecily Courtneidge) tiene una receta infalible; el muchacho que la corteja y que acaba por amarla (Tom Bell) se opone a esa criatura sin padres responsable. Pero tanta oposición no hace sino fortalecer el temple de la protagonista.

La situación tiene sus ribetes folletinescos pero no se queda en el folletín. Con este material, el director y libretista Bryan Forbes ha intentado y a ratos conseguido un film tierno y romántico, emotivo y hasta cálido que merece verse con respeto. Buena parte del acierto del film está en la elección de Tom Bell como galán y sobre todo de Leslie Caron. Esta francesita ha progresado mucho desde que sólo era Lili para la MGM. Ahora está casada con el director Peter Hall (uno de los talentos del nuevo teatro inglés), ella misma actúa en el teatro londinense (hizo en 1961 una memorable Ondine) y en general ha madurado lo bastante como para dar convicción interior al personaje de esta muchacha de 27 años que se encuentra embarazada. Todo el trabajo de Bryan Forbes consiste en crear eficazmente la comunicación entre el espectador y la protagonista. Desde que la muchacha llega al sórdido inquilinato y choca con la casera vulgarota (Avis Bunnage, que hizo la madre de Un sabor a miel en el teatro), con la bohardilla en forma de ele, con los chinches de la cama, hasta ese final anticlimático en que la historia termina sin terminar, demuestra Bryan Forbes su sensibilidad.

Es una sensibilidad para el diálogo, en general cortado y simple; para la dirección de actores, buscados con cuidado para decir más con el rostro que con la palabra; para los pequeños gestos que re-



Tom Bell, Leslie Caron

velan las emociones. Algunas escenas son excelentes. Hay una reunión en un sótano, con mucho twist, mucho humo, muchas parejas besándose, en que la protagonista recibe de golpe como una puñalada un comentario de su amigo sobre las mujeres que no se cuidan bastante y terminan embarazadas. Con un simple movimiento de cámara, y el rostro herido de Leslie Caron, Bryan Forbes consigue decir todo el conflicto interior de la muchacha. Las escenas íntimas no sólo tienen la audacia que el cine inglés por lo general imita mal del francés (hay besos muy cálidos) sino que conservan intacta la ternura que es la nota básica del film. Incluso el alegre tratamiento del embarazo por el médico del hospital tiene la necesaria vitalidad como para que el episodio corra sin tropiezos.

Sin embargo, el film no carece de defectos, algunos graves. Aunque Bryan Forbes ha querido enriquecer el tema romántico con apuntes sociológicos sobre el Londres de hoy, casi todas esas notas suenan un poco falsas. Puede aceptarse que los protagonistas encuentren camino al parque una manifestación contra la bomba de hidrógeno. Lo que ya es más traído de los pelos es que en ese mismo parque se topen con una policía femenina que les reproche estar abrazados castamente sobre la hierba. No es necesario ser especialistas en parques ingleses para saber que allí ocurren cosas. No de balde Billy Graham pontificó hace algún tiempo en

alta voz: Habéis convertido vuestros parques en dormitorios.

Otras notas son más sutilmente falsas. La vecindad del negro, que del otro lado del tabique sigue toda la vida privada de la protagonista, puede ser real. Los tabiques suelen ser muy finitos en los inquilinatos de Londres pero lo malo del episodio es el retraso sensiblero del negro, su curioso puritanismo que tendría ribetes ridículos si no estuviera tan firmemente contenido por la mano del director. También se queda corto Forbes cuando dibuja con grandes brochazos a las prostitutas que ocupan alegremente el cuarto del subsuelo. Esas damas suelen ser más precisas.

Pero estas falsedades resultan más importantes en Inglaterra que aquí. En realidad, sirven para poner a Forbes en otra categoría que autores como Shelagh Delaney o John Osborne o Arnold Wesker. Sus intentos de presentar las implicaciones sociales del conflicto son superficiales o erróneos. Lo que no es ni superficial ni errónea es su sensibilidad para el tema romántico que el film trata. Allí, más que en ciertos preciosismos de dirección, de iluminación, de música, está su verdadero talento. Es un talento aún joven y algo despistado. Pero se trata sin duda de un hombre que madurará si el afán de contentar a toda clase de públicos no impide o corta su desarrollo. A partir de este film, habrá que vigilarlo de cerca. Se lo merece. — E. R. M.